

www.elboomeran.com

Lola Lafon

La pequeña
comunista que
no sonreía nunca

Traducción de Francesc Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
La petite communiste qui ne souriait jamais
© Actes Sud
París, 2014

Ilustración: foto © Corbis / Cordon Press

Primera edición: marzo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Francesc Rovira, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7916-2

Depósito Legal: B. 2590-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

ADVERTENCIA

La pequeña comunista que no sonreía nunca no pretende ser una reconstrucción histórica de la vida de Nadia Comaneci. Si bien he respetado las fechas, lugares y hechos, he decidido llenar los silencios de la historia y los de la protagonista, así como recoger las múltiples hipótesis y versiones de un mundo desaparecido. Las conversaciones entre la narradora de la novela y la gimnasta son una ficción soñada, una manera de devolver la voz a esa película prácticamente muda que fue la trayectoria de Nadia C. entre 1969 y 1990.

L. L.

Primera parte

Cuántos años tiene, pregunta la juez principal, incrédula, al entrenador. El número, catorce, le provoca un estremecimiento. Lo que la pequeña acaba de hacer manda a freír espárragos cualquier concatenación de cifras, palabras e imágenes. Ya no se trata de lo que podemos comprender. Nadie sabría explicar lo que acaba de ocurrir. La niña se echa la gravedad por encima del hombro, su cuerpo frágil se hace un lugar en la atmósfera para acurrucarse en él.

Pero por qué nadie los ha avisado de que había que mirar en esa dirección, maldicen los que se pierden el momento en que, sobre los diez centímetros de anchura de la barra de equilibrio, Nadia C. se echa hacia atrás y, con los brazos abiertos en cruz, da una patada a la luna, salta a ciegas, y se vuelven los unos hacia los otros, ¿alguien lo ha entendido, lo habéis entendido?

El marcador electrónico anuncia COMANECI NADIA, ROMANIA, seguido de 73, su dorsal, y donde debería aparecer su puntuación: nada.

La gente espera. Lívidas, las gimnastas soviéticas van y vienen por la zona reservada a los entrenadores y a las deportistas que ya han concluido su ejercicio. Lo saben. En cuanto a las compañeras del equipo rumano, parecen desesperadas, Dorina junta las manos, Mariana susurra una y otra vez la misma frase, una tercera per-

manece echada, con los ojos cerrados; Nadia, algo apartada, con la cola de caballo torcida, no mira en ningún momento el marcador. Y es a él a quien ve primero, a Béla, su entrenador, de pie, los brazos hacia el cielo, la cabeza echada hacia atrás; al fin se vuelve y descubre su nota, ese terrible 1 sobre 10 que aparece en cifras luminosas frente a las cámaras del mundo entero. Uno coma cero cero. Repasa mentalmente posibles fallos, quizá la recepción del mortal atrás, no demasiado estable, ¿qué ha podido hacer para merecer eso? Béla la abraza, no te preocupes, pequeña, presentaremos una reclamación. Pero ella se fija en uno de los jueces. Porque el sueco se levanta. Porque tiene lágrimas en los ojos y la mira fijamente. Y todos contarán ese instante tantas y tantas veces que hoy ya no está segura de haberlo vivido, a lo mejor lo ha visto en la televisión, a lo mejor es un episodio que forma parte del guión de una película.

El público se ha puesto en pie y de sus dieciocho mil cuerpos procede la tempestad, los pies rugen rítmicamente contra el suelo y, en medio del fragor, el sueco abre y cierra la boca, pronuncia palabras inaudibles, miles de flashes forman una lluvia de destellos heterogéneos, y ella entrevé al sueco, qué hace, abre las dos manos, y el mundo entero filma esas dos manos que le muestra el juez. Entonces la pequeña le tiende también sus dos manos, le pide una confirmación, es un... ¿diez? Él asiente lentamente con la cabeza mientras mantiene los dedos extendidos frente al rostro, centenares de cámaras le tapan a la niña, las compañeras del equipo rumano bailan a su alrededor, sí, cielo, sí, ese uno coma cero cero es un diez.

El marcador gira lentamente de izquierda a derecha, del jurado hacia el público pasando por las gimnastas, mostrando ese uno que hay que entender como: diez. Una coma desplazada. O más bien una coma que se niega obstinadamente a desplazarse. Un hombre va y viene entre la prensa y los jueces, con la camiseta oficial JUEGOS DE MONTREAL 1976 oscurecida en las axilas, secándose la frente. La juez principal le indica que se acerque,

demasiado ruido, le digo que algo ha hecho enloquecer a la máquina, los pitidos les obligan a inclinarse el uno hacia el otro, ¿es una broma? ¡La tierra entera está filmando, es el primer día de competición! ¿Dónde se ha metido el tipo de Longines? El ingeniero que ha diseñado los marcadores para las puntuaciones trata de pasar por encima de los periodistas arrodillados alrededor de la pequeña para alcanzar la mesa de los jueces, que gesticulan: ¡su sistema no funciona! Y él, al representante del COI, que se tapa un oído para oírlo, funciona en las demás competiciones, FUNCIONA, el ordenador es infalible, son ustedes quienes lo han hecho enloquecer, y señala con el dedo a los jueces, pero todo ha cambiado, los jueces ya no le prestan la menor atención, se han convertido en espectadores, lloran y ovacionan a la chiquilla, que se ha sentado junto a su entrenador, ofreciendo su estrecha espalda a la máquina senil, que refunfuña: uno coma cero cero.

Reunión durante el descanso. OK. ¿La rumana (o alguien de su equipo) ha tenido acceso a los ordenadores? ¿No se habrá tomado productos que podrían haber alterado el sistema? Pero oiga, usted se ha vuelto loco, todo eso para cubrirse las espaldas, francamente ¡es increíble! Se lanzan acusaciones unos a otros. En las reuniones preparatorias, el Comité Olímpico nos aseguró que el diez no existía en gimnasia, protestan los ingenieros de Longines, que la prensa ha bautizado sarcásticamente como el equipo «uno coma cero cero». A las dos menos veinte se emite el veredicto: la base de datos se ha bloqueado debido a que se han registrado puntuaciones inusualmente elevadas. La niña ha hecho saltar el ordenador por los aires.

Disponen hasta el día siguiente para adaptar el sistema a la muchacha. Pulsan botones, ejecutan programas. Hay que añadir una cifra. Desplazar la coma. ¿Cuál es la probabilidad de que repita su hazaña, creen que «eso» puede volver a ocurrir mañana? No lo sé, responde el juez inglés. No lo sé, responde el juez checoslovaco. Tratan de imaginar figuras que merecerían un diez en la barra de equilibrio. No lo consiguen. Nadie ha obtenido jamás

un diez en gimnasia en unos Juegos Olímpicos. Vuelven a preguntarles. ¿Están seguros de que no se han dejado llevar por el entusiasmo de los espectadores? No, responden. Han escrutado a la pequeña hasta el último detalle, han intentado pillarle algún error, pero nada. Cero errores. Es más: a algunos jueces les habría gustado ir más allá, ¡darle once sobre diez! Doce, puja al momento la juez canadiense. ¡O inventar cifras nuevas! Abandonar las cifras.

«Si Comaneci compitiera contra una abstracción en lugar de contra rivales humanas, ¿podríamos seguir otorgándole un diez?», le preguntan a Cathy Rigby, la ex gimnasta reconvertida en comentarista de los Juegos Olímpicos para la cadena ABC. «Si Nadia hiciera lo que hace completamente sola, en una habitación vacía, creo que seguiría mereciendo un diez», responde Rigby tras reflexionar en la posibilidad de inventar abstracciones más abstractas que la perfección.

Intentan circunscribir el acontecimiento. Al día siguiente, el Comité Olímpico exige que Nadia se someta a tres controles antidopaje adicionales. Se enciende el debate. ¿Asistimos al surgimiento de una nueva generación de bebés gimnastas, o Nadia será sólo un epifenómeno? Se trata de un seísmo geopolítico. Los entrenadores soviéticos son sermoneados: no vamos a dejar que Rumanía nos humille, camaradas, ¡Ludmila nos salvará! Por la tarde, sin embargo, Ludmila termina su rutina de suelo con una pose trágica de estatua, actuación a la que siguen unos aplausos medibles, y corre a sollozar entre los brazos de su entrenador bajo la mirada de la rumana impasible.

Convocan a los elementos: ¿acaso nada en un océano de aire y silencio? Rechazan el deporte, demasiado brutal, casi vulgar en comparación con lo que está teniendo lugar, hay que tachar, volver a empezar: la chiquilla no esculpe el espacio, es el espacio, no transmite sentimiento, es el sentimiento. Aparece —un ángel—, fijaos en ese halo que la envuelve, un vapor de flashes histéricos, se eleva por encima de las leyes, de las reglas y las certezas, una máquina poética sublime que todo lo subvierte.

Comentan su composición: sí, es cierto, había indicios de Nadia en la Olga de los Juegos Olímpicos de Múnich, en 1972, pero con Nadia ¡uno ve cómo le sirven todos los platos al mismo tiempo! ¡La gracia, la precisión, la amplitud de los gestos, el riesgo y la potencia sin que se note! Se dice que puede repetir su rutina quince veces seguidas. Y esa osamenta... Huesos ensartados con hilo de seda. Morfológicamente superior. Más elástica.

Rebuscan, disponen las palabras así, luego no, en ese otro orden, intentan dibujar sus contornos. La pequeña hada comunista. La pequeña hada comunista que no sonreía nunca. Tachan la palabra «adorable», pues ya se ha utilizado demasiado en los últimos días, aunque bien mirado es exactamente eso: dolorosamente adorable, insoportablemente demasiado encantadora. Y, obligados a contemplarla desde nuestra condición de adultos, sí, ansiamos deslizarnos en su infancia esforzada, estar muy cerca de ella, protegida por el maillot inmaculado, sobre el que no se distingue ni un indicio de sudor. «Una Lolita olímpica de apenas cuarenta kilos, una colegiala de catorce años con silueta de chico que se pliega a todas las exigencias», escriben. Queremos acercarnos a sus destellos de juguete mágico y turbulento. Desprendernos de nuestros organismos repletos de hormonas lentas. La niña frota el deseo, lo anhelamos, ¡oh!, ese deseo de tocarla, de arriarnos a ella, un deseo en espiral, cada vez más intenso, y de pronto ya está, el ejercicio en la barra de equilibrio ha durado noventa segundos. Es epidémica. Las entradas para la final, que valen dieciséis dólares, se colocan a cien en la reventa, pues todo el mundo quiere ver sus acrobacias encadenadas, durante las cuales uno teme que su ligereza no le permita volver a caer sobre los pies. Y cuando corre hacia sus saltos mortales, los codos le imprimen aún más velocidad, la firmeza absoluta de la piel, compactada dentro del maillot blanco, es una maquinaria fugaz que ha escapado genialmente a su sexo, que se ha evadido hacia una infancia maravillosamente sencilla y superior.

Ya nada se ve igual. Nadia es un nuevo comienzo. Las demás

gimnastas son errores, deformaciones del ideal. Nadia imprime peso a los años que la separan de aquellas a quienes se empieza a llamar «las otras» y que, cuando ella sale a la pista, tiran con gesto nervioso de la ropa que les cubre las nalgas. Recolocar las carnes, esconder todo lo que de pronto parece sobrero, incongruente, incluso ridículo. Mira por dónde, de pronto los maillots se ven demasiado escotados, quizá un poco estrechos para contener esos pechos comprimidos que se mueven imperceptiblemente cuando las chicas corren hacia el potro. Todo eso, pechos, caderas, explica un especialista durante la retransmisión, ralentiza los giros, lastra los saltos, como línea es menos limpio. Ludmila es «terriblemente mujer». En la fotografía de un periódico, al lado de la níñfula rumana, parece desproporcionada, y en cuanto a Olga, con franqueza, resulta casi bochornoso. La cámara se detiene en ella, lívida tras la coronación de su rival rumana. No, no está cansada, está ajada: tiene veinte años, casi una... —y se oyen las risas de los demás periodistas presentes en el estudio—, casi una vieja, se la ha exprimido un poco demasiado, qué le vamos a hacer.

Otros fruncen el ceño, seamos justos. Dama, eso es, no está mal, una gran dama, esa Ludmila. Y Olga, al fin y al cabo, es un hada anciana, un día Nadia pasará por lo mismo que ella. Al mismo tiempo la imagen se fija en la rumana de rostro minúsculo, en su pulgar, que mordisquea nerviosa, y entonces el periodista murmura: «Tiene un pulgar tan pequeño...»